

NOCHEBUENA EN LA ROMANA

La tarde de Nochebuena de este año fue especialmente sorprendente.

Nada más llegar del Capítulo el P. Elías me dijo en la comida: - ¿No vamos a hacer este año una felicitación de Navidad para dársela a los fieles...?

No estaba yo mucho para hacer tarjetas de Navidad. Tantos días de reuniones en Costa Rica habían borrado nuevamente las rutinas de mi casa en La Romana. Ya era un poco tarde para mandar imprimir felicitaciones y más tarde aún, para distribuirlas. - Me haría un poco el “chivo” y nadie se daría cuenta-

Pero mi querido hermano me insistió de nuevo: -¿Cuándo vas a tener las felicitaciones? ¡A ver si están para la Nochebuena y se la damos a la gente como un detalle!

Así que, como soy buen chico, me puse manos a la obra. Buceando en mis archivos “jpg” del disco duro del ordenador, encontré un dibujo en colores de San José de Calasanz sentado en una maleta y contemplando la escena del nacimiento. Del niño irradia una luz que ilumina al santo haciendo una sombra que resulta ser el escudo de las Escuelas Pías. El dibujo me gustó a la primera. Así que no lo pensé dos veces: -“¡Esta es la felicitación de este año”.

En el Capítulo Viceprovincial habíamos tenido la oportunidad de revisar nuestra vida y misión escolapia. También diseñamos nuestras líneas de acción para los próximos cuatro años; todo para el bien de los niños y jóvenes. Este dibujo expresaba esta nueva etapa de la Escuela Pía. El escolapio siempre debe tener la maleta hecha dispuesto siempre a ir dónde la obediencia le indique. No se instala, siempre está de paso pero se encarna allá dónde lo envían. Y desde esta actitud de disponibilidad, mira al Misterio de la Navidad, el acontecimiento de la encarnación, de la presencia de Dios en medio de su pueblo. El escolapio existe para los demás; especialmente para los niños y jóvenes más necesitados haciendo carne la frase del evangelio: *“lo que hicisteis con un hermano de estos más pequeños, a mi me lo hicisteis!”*

Así que, con las tarjetas de Navidad ya impresas me decidí a visitar algunas personas de nuestra Parroquia de la Paz en La Romana para felicitarles la Navidad.

La primera visita fue en el barrio de María Trinidad Sánchez. Allí visitamos a Yudy para felicitarla y de paso, darle un incentivo de Navidad ya que nos hace el servicio de limpiar el Centro Cultural que está frente a su casa. No encontramos adornos, ni arbolito y ni siquiera olía a pollo horneado, empanadas de yuca o arroz con guandules. - *¿Qué pasa Yudi, no sabes que es Navidad..? ¿No vas a hacer alguna cena especial para tu familia?*

-*¡Ay padre mío, no estoy para humor en este día. Han metido preso a mi hijo en San Cristóbal porque la policía cree es testigo de un asesinato. Yo no lo creo, es un buen muchacho y muy atento a su trabajo. Su papá ha viajado a ver qué sucede, porque no quiero que pase estos días bajo rejas”*

Y yo pensaba cómo podía felicitarle la Navidad con mi preciosa tarjeta calasancia a esta honrada mujer con una vida tan golpeada por los problemas y la precariedad económica. Le daría los “chelitos” y la intentaría convencer de que hiciera algo especial de cenar; sobre todo pensando en sus otros niños aún pequeños. ¿Qué culpa tendrían ellos...? Kenia, una de sus hijas nos miraba con ojitos furtivos como sacando de nosotros un destello de luz en ese día tan triste para ellos. Así que le hice prometer que haría una buena cena de Navidad con parte del dinero que le había dado.

La niña nos despidió con una larga y contenida sonrisa.

Y me fui a la segunda visita pensando en cuántas personas están como Yudi en estos días. E hice memoria de todos aquellos que como María y José no reciben posada, no gozan de los derechos humanos más evidentes y que esa noche habría muchas familias que no vivirían el gozo de la fiesta de Navidad.

En el porche encontramos a Don Papito que es toda una institución en el barrio –es de los fundadores-. Allí estaba todo repantingado en su mecedora de cana arrullando a una niña de unos tres añitos que no conocíamos.

- *¡Buenas tardes Don Papito!, ¿cómo le va la Navidad? Parece que le han dejado para pasar la Navidad alguno de sus muchos nietos.*
- *Bueno, como si fuera una de mis nietos. Su madre nos la entregó pues ella es tan pobre que no puede mantenerla bien.*

Nunca he comprendido cómo una madre pueda desprenderse de un hijo por muy pobre que sea. Lamentablemente he conocidos algunos casos de estos en este país. Y también no deja de sorprenderme cómo muchos hogares dominicanos aceptan criar un niño ajeno como si fuera su hijo legítimo. La solidaridad de esta pareja de viejitos no deja de sorprenderme. ¿Qué necesidad de aceptar este compromiso a tan avanzada edad? No lo entiendo ni lo comparto pero me admira mucho.

- *Nada Papito, ¿qué ganas tiene usted de complicarse la vida? ¿No se da cuenta de la edad que tiene usted y Doña Ponciana?*
- *¡Hay que hacer favores a los demás! Dios nos pedirá cuentas de lo que hemos amado en nuestra vida – nos declaraba solemnemente Papito después de ver nuestra cara de pasmados.*

Y allí seguía él en su mecedora arrullando a la niña. Me parecía una excelente estampa navideña y si hubiera tenido una cámara de fotos, la hubiera puesto de felicitación navideña de la comunidad.

Y me fui reflexionando con Ever sobre la cantidad de personas que no tienen reparo en acoger a un niño más y me pareció un gesto tan evangélico que nuevamente recordé las palabras de Jesús: “Lo que hicisteis a un niño de estos más pequeños, a mí me lo hicisteis!

Y nos embarcamos a nuestro tercer encuentro en el barrio de Brisas del mar. Allí estaba nuestra gran aliada Quintina en su eterno “proyecto de casa”. Estaba terminando de coser una colcha que le había encargado una vecina para estrenar la noche de Navidad.

Es una buena idea estrenar algo en Navidad. Todo el que puede estrena algo, pinta la casa, cambia un mueble, decora la habitación o se cambia el peinado. En definitiva, hace algo nuevo. Es el deseo que tenemos todos de salir de la rutina y cambiar como si con esta actitud exorcizáramos los problemas y las desgracias que siempre nos acechan. Les digo a los feligreses de la parroquia que siempre hay que tener bonita y arreglada la casa por muy pobre que uno sea. Es un buen signo de esperanza.

Quintina es una mujer de una sola pieza. La tenemos de responsable de la biblioteca del barrio, de coordinadora de la capilla, de catequista y de animadora de las mujeres. No está muy bien de salud, pero lo hace todo con mucho cariño y con un deseo profundo de que el barrio progrese.

Nos decía que tenía la intención –cuando acabase la colcha- de hornear cuatro pollos para ofrecérselos a algunos vecinos haitianos muy, muy pobres. Yo estaba más preocupado de cómo haría la homilía de la misa del gallo que por dar de comer a los niños del barrio. Me sentí asombrado por este gesto pero también un poco denunciado por mi comportamiento cómodo en estos días.

Hoy no pudimos saborear el jugo de limón que siempre nos saca. Íbamos muy rápidos y no queríamos quitarle tiempo para que pudiera terminar su colcha. Prometimos ir otro día con más tiempo.

Finalmente llegamos al 10 de Cumayasa al gran ayuntamiento de la familia Fernández a rendir nuestros respetos a Don Carlos y María. Es una gozada visitarles porque siempre están dispuestos a recibirte. No tienen pena si la casa está destartalada o sucia porque te reciben en el mismo patio. Por allí pasan todos: hijos, nietos, sobrinos, el novio de la nieta, el perro, la vecina y algún que otro vecino. Es la casa de todos.

Yo le digo siempre que su casa es como un campamento tribal y él es el gran jefe de la tribu. Carlitos –como yo le llamo- ha pasado una prueba muy dura en su salud y la ha superado con ayuda de Dios y se su familia. Está muy convencido que Dios le ha dado unos años “de ñapa” (de más) para que pueda servir a la comunidad católica de Cumayasa. Está contento con lo que hace y por supuesto, es una referencia de fe sencilla y profunda para todos nosotros. ¿Qué sería de nuestra Iglesia sin Carlos y la presencia de esta familia?

María, la matrona de la casa ya estaba preparando la cena: espaguetis, moro de guandules, pasteles en hoja, ensaladas y por supuesto una buena pierna de cerdo horneada al carbón. Se iban a juntar en el patio “ciento y la madre” y además, algunos niños del barrio que aprovechan estos días de Navidad para comer algo mejor que de ordinario.

Pues nada, ya tenía armada la homilía de Nochebuena. Les hablaré a los feligreses de cómo esa tarde había sido testigo de algunas presencias de Dios en medio de su pueblo y que la Navidad era precisamente eso: celebrar que la bondad y la misericordia de Dios se ha encarnado en un humilde pesebre de Belén.

Feliz Navidad.

